El lamento de la estrella

Rosa María Romero García (Rosemary Raind)

La curiosidad es una cualidad que nos distingue como humanos y que nos lleva a explorar el mundo que nos rodea, a buscar nuestro papel en la vida y a imaginar fantásticas posibilidades. Sin embargo, también es la causa de muchos problemas y la fuente de muchas soluciones.

Los niños son el ejemplo más claro de la curiosidad, pues siempre están preguntando y aprendiendo cosas nuevas.

Si quieres ver el rostro de la curiosidad,
solo tienes que mirar al niño más cercano
que tengas.

William era un niño que tenía todo lo necesario para satisfacer su curiosidad: una buena situación económica y social, y un padre que era músico y estudioso, dispuesto a enseñarle todo lo que quisiera saber. Su apellido era Herschel y era el hijo mayor de la familia.

Pero William también tenía una hermana menor, Caroline Lucretia, quien no podía disfrutar de las mismas oportunidades que él. Su madre, Anna Ilse, la relegaba, la mantenía al margen de todo y no le permitía aprender ni desarrollarse como ella quería.

O eso era lo que su madre creía.

—¿Crees que mami se enoje si nos descubre?—preguntó susurrando la pequeña niña mientras su padre le pasaba por debajo de la puerta de su habitación un libro de matemáticas.

—Posiblemente, pero mami ahora está dormida, cariño —contestó con una ligera risilla—. Ayer nos quedamos en el capítulo cuatro...

En realidad, Caroline aprovechaba las noches de cuarentena por el tifus para que su padre le enseñara matemáticas y otras materias, por debajo de la puerta de su habitación. Así, su imaginación y su curiosidad crecían tanto que sentía que podía tocar las estrellas.

Las estrellas eran su fascinación.

Aunque sabía que eran bolas de gas
lejanas, le gustaba pensar que cada una le
pertenecía a alguien.

También aprendió que las estrellas se apagan. Cuando su padre murió, se acabó su educación y su madre la obligó a dedicarse a los quehaceres del hogar. Caroline dejó de soñar con el espacio y buscó otra forma de brillar: la música. Se convirtió en una magnífica soprano, pero no se sentía satisfecha. Seguía mirando al cielo con curiosidad.

Pasado el tiempo, el destino le dio una segunda oportunidad cuando, a los 22 años, se reunió con su hermano William en Bath. Al principio solo era su ama de llaves y su compañera de conciertos, pero poco a poco se fue interesando por el trabajo de su hermano, un astrónomo prodigioso.

Así, su hermano William logró ser un gran astrónomo y Caroline Lucretia su asistente y colaboradora, aunque esto último no era reconocido. Ella también amaba el espacio y lo veía como una bóveda llena de secretos y misterios. Aunque nadie lo reconociera, la joven trabajaba igual o más que él a puerta cerrada.

Un día, el primero de agosto de 1786, Caroline descubrió algo extraño entre las constelaciones de la Osa Mayor y de la Coma Berenices. Era una roca en el espacio.

—¿Una roca en el espacio? ¿Estás segura?—preguntó su hermano viendo por enésima vez el telescopio que apuntaba al hemisferio norte.

—Estoy segura—contestó Caroline sin siquiera mirarlo, pues estaba ocupada escribiendo en su bitácora su nuevo descubrimiento—. ¿Lo estás viendo tú mismo o es que acaso no confías en mí?

William se quedó callado. Era la primera vez que veía una roca como esa en el cielo y esa no sería la última vez que las vería. Su hermano llamó cometas a las rocas estelares y fue capaz de detectar otras en los años de 1788, 1790 y 1791.

Caroline siguió descubriendo cometas y nebulosas, mientras que su hermano recopiló sus hallazgos y escribió varias notas al respecto, dando méritos a su hermana.

Incluso la Royal Academy le otorgó una medalla de oro por su trabajo.

No obstante, cuando ella intentaba hablar de sus descubrimientos con otras personas, solo recibía desprecio e indiferencia.

"¡Vaya! Tu hermano es muy talentoso".

"Sí, sí, ya te escuché. ¿No crees que estás alardeando demasiado?".

"No todo en esta vida son estrellas, mejor enfócate en tu hogar".

"¿Rocas estelares? Debes de estar loca para decir cosas así".

"¿Una medalla a una mujer? ¿Qué sigue?".

"Una medalla no te va a conseguir una familia, cariño".

"Debe ser un honor para ti trabajar con alguien tan inteligente como tu hermano".

"Lo lamentamos mucho, pero la pensión que le podemos ofrecer solo es de 50 libras, señora".

Caroline Lucretia había dedicado su vida al estudio del espacio junto a su hermano William, el prodigioso astrónomo que había descubierto el planeta Urano. Ella había descubierto varios cometas y nebulosas, pero nadie le daba el reconocimiento que merecía. Siempre era la sombra de su hermano, la asistente, la ama de llaves, la cantante.

A los 86 años, recibió su segundo premio del rey de Prusia, pero ya no le importaba. Estaba cansada y decepcionada de un mundo que no valoraba su trabajo, ni su pasión.

—Esto no es nada que un perro bien entrenado no hubiera hecho —dijo Caroline, mientras salía de la sala donde se habían reunido unas pocas personas para celebrar su premio.

Su salud se deterioró después de aquella ceremonia. Parecía que su alma solo hubiera estado esperando un último aplauso para despedirse, igual que las estrellas que brillan más antes de apagarse.

Poco a poco, el brillo de sus ojos se fue extinguiendo, hasta que un día, el 9 de enero de 1848, Caroline Lucretia Herschel, la gran astrónoma, cerró los ojos para siempre, pero no murió:

se convirtió en la estrella que iluminaría el camino de otras mujeres que, como ella, soñaban con el cielo.